

Domingo Faustino Sarmiento

El Chacho

Ultimo Caudillo de la Montonera de los Llanos

STOCKCERO

A863 Sarmiento, Domingo Faustino
SAR El Chacho, Ultimo Caudillo de la Montonera de los Llanos
1ª. ed.—
Buenos Aires : Stock Cero, 2003.
144 p. ; 23x16 cm.
ISBN 987-20506-9-4
I. Título - I. Narrativa Argentina

Fuente: Segunda edición, Buenos Aires, “La Cultura Argentina”, 1925.

Reproducciones fotográficas: Graciela García Romero

Copyright © Stockcero 2003

1º edición: 2003

Stockcero

ISBN N° 987-20506-?????

Libro de Edición Argentina.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723.

Printed in the United States of America.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

stockcero.com

Viamonte 1592 C1055ABD

Buenos Aires Argentina

54 11 4372 9322

stockcero@stockcero.com

Domingo Faustino Sarmiento

El Chacho

Ultimo Caudillo de la Montonera de los Llanos



ANGEL VICENTE PEÑALOSA - EL CHACHO-
DAGUERROTIPO

Índice

Prólogo	-vii
Antecedentes: Las montoneras provinciales y su amenaza al orden	-x
notas al prólogo	-xiv
¡En Chile y a pie!	-1
Las travesías	-11
Reconstrucción	-19
San Juan	-25
Reacción	-37
Alzamiento del Chacho	-45
El Chacho en Córdoba	-57
La guerra en los Llanos	-69
El Chacho en San Juan	-87
Las cosas como son	-101
La justicia del estado	-113

Prólogo

El libro de Sarmiento sobre el general Ángel Vicente Peñaloza, el “Chacho” debe inscribirse entre los testimonios de las dificultades que habitualmente enfrenta la “civilización” para interactuar con la “barbarie” sin perder su condición.

Peñaloza y Sarmiento se habían conocido en Chile durante el período en que coincidieron sus destierros, pero pese a la calidez de Peñaloza –quince años mayor que Sarmiento– ambos siempre representaron visiones diametralmente opuestas en cuanto a qué sociedad deseaban a su alrededor.

En 1862, al momento de ser designado Sarmiento gobernador interino y posteriormente titular en San Juan, la zona se hallaba convulsionada por la rebelión del “Chacho” quien, invocando el recuerdo de su campaña al lado del general Lavalle, se había alzado contra el gobierno nacional en la confianza de que Urquiza lo apoyaría aún cuando esto le significara traicionar principios constitucionales que había jurado acatar.

Su constante desafío a Buenos Aires —luchó contra Rosas en el bando unitario y ahora lo hacía contra Mitre en el bando federal— deberá entenderse más como un rechazo a la autoridad emanada de leyes que a aspectos ideológicos o de lealtades. Su rápido accionar entre La Rioja y San Luis, levantando grupos adictos en Cuyo y atacando en Córdoba, le permitía obtener triunfos circunstanciales para luego ofrecer la paz, que no respetaba para recomenzar el ciclo.

Esta falta de principios comunes sobre los cuales edificar un puente de entendimiento irritaba profundamente a Sarmiento. Mientras Mitre opinaba que había que combatir a Peñaloza con acciones de policía, Sarmiento no encontraba otra salida que proponer una guerra de exterminio: en carta dirigida a Mitre en marzo de 1863 escribe “*Si Sandes va (se refiere a uno de los oficiales orientales del ejército en operaciones), déjelo ir; si mata gente cállense la boca; son animales bípedos de tan perversa condición que no sé qué se obtenga con tratarlos mejor*”.

El exabrupto, proveniente de quien representa el epítome del librepensador, defensor de las libertades individuales y el fomento de la educación como base de acción civilizadora para erradicar la barbarie, ha constituido por años una trampa en la cual ha caído más de un revisionista detractor.

Más que una falla de carácter, esta reacción de Sarmiento deberá encuadrarse en el marco completo de su personalidad: un carácter apasionado que, ferozmente espoleado por la muerte estúpida y cruel de su amigo el Dr. Antonio Aberastain (1) a manos de los “*improvisados caudillejos, salidos apenas de las tolderías de los indios, a quienes el gobierno confiaba misiones judiciales o ejecutivas*” (2), cede momentáneamente en su dolor y se comporta en los papeles como un bárbaro, para luego sobreponerse y, muy lejos de obrar mezquinamente buscando la venganza, vuelve a sus cauces.

No pueden haber mayores dudas sobre que enfrentado con la disyuntiva de actuar, o dar la orden de actuar, de la forma que surge de su carta, Sarmiento hubiera encontrado los frenos para no “comerse al caníbal para acabar con la antropofagia”, pero de todos mo-

dos su escrito refleja el doloroso dilema que enfrenta a diario aún hoy la sociedad civilizada para defenderse de quienes no comparten la sustancia de su base moral, ni los valores que de ella emanan.

En el caso que nos ocupa la mejor prueba de la dimensión ética de Sarmiento es su gestión de gobierno, iniciada tan sólo 5 años más tarde, durante la cual se concentró en llevar a la práctica sus ideas liberales y principios democráticos de respeto por los derechos civiles para construir una nueva Argentina. Buscó el fin de la guerra contra el Paraguay heredada por su administración y se abocó a transformar un país despoblado y altamente analfabetizado fomentando la inmigración y construyendo escuelas primarias, secundarias, escuelas normales y colegios para entrenamiento profesional y técnico, así como bibliotecas y museos.

Volviendo a la cronología de los hechos: el 17 de Septiembre de 1861, Buenos Aires y la Confederación nuevamente se enfrentan en Pavón. Esta vez el triunfo correspondió a los porteños, al retirarse Urquiza inopinadamente*. Mitre se hizo cargo del Poder Ejecutivo Nacional y, bajo la hegemonía del puerto, consumó la unificación nacional. Para pacificar las provincias fueron nombrados varios interventores y Sarmiento, que acompañó la expedición comandada por Wenceslao Paunero, fue elegido Gobernador de San Juan. Sarmiento, ascendido a coronel y director de la guerra, aplicó el estado de sitio dentro de la jurisdicción provincial (motivo de una larga polémica con Guillermo Rawson, que defendía la competencia exclusiva del gobierno nacional para dictar esta medida de excepción), y pese a los acosos de la montonera realiza una vasta labor en su provincia.

Hasta que el 12 de noviembre de 1863 muere Peñaloza en Olta, donde se había refugiado después de ser derrotado en Caucete y Bajo del Gigante.

Sarmiento para esa fecha ya había dejado la conducción de la guerra y no ordenó ni fue responsable directo del episodio durante el cual el mayor Pablo Irrázabal lanceó al Chacho y posteriormente lo mandó a fusilar y decapitar, pese a encontrarse ya sin armas y rendi-

* Existe la opinión de que la muerte de Abarastain a manos del enviado de Juan Saa actuó como revulsivo e impulsor a la reflexión pacificadora

do a las fuerzas del gobierno. Si bien la escrupulosa investigación del historiador Horacio Videla (*Historia de San Juan*, San Juan, Academia del Plata, tomo V, pp. 337 y siguientes) ha establecido la no responsabilidad de Sarmiento en estos actos, esto no disminuye el hecho notorio de haber recibido con honores al mayor Irrazábal.

Cuestionado hasta por Mitre por su durísima actuación, Sarmiento se vió obligado a renunciar a la gobernación en 1864 y aceptar una misión diplomática en Chile, Perú y Estados Unidos.

De su implacable lucidez y dimensión ética da cuenta la dolorosa reflexión, volcada en la carta que un año más tarde (1865) escribiera a Nicolás Avellaneda “Necesitamos fundar gobiernos y no hemos dado este ejemplo aún. Hace medio siglo que vamos marchando con la sangre en los tobillos para ser libres y dejar a nuestros hijos la seguridad y la quietud.”

ANTECEDENTES: LAS MONTONERAS PROVINCIALES Y SU AMENAZA AL ORDEN

El orden surgido de Pavón a través de la alianza entre Urquiza y Mitre contaba con el respaldo de varios gobiernos provinciales considerados “liberales”. Sin embargo el cuadro de las provincias después de Pavón bajo ningún concepto podía ser considerado homogéneo: varios caudillos y gobernadores provinciales resentían el carácter pacífico de la autoridad de Urquiza, e incluso esperaban un nuevo “pronunciamiento”, esta vez contra Mitre. Entre quienes desafiaban el orden mitrista estaba el caudillo riojano Angel Vicente Peñaloza, quien a principios de 1862 inició desde La Rioja un movimiento contra los gobernadores liberales.

Dada la dificultad de vencer a la montonera, cuya táctica guerrillera se basaba en no presentar batalla abierta, Mitre decidió negociar -como en los días de Pavón- a despecho de los elementos intransigentes que desde el liberalismo porteño y provincial abogaban por el exterminio del caudillo, como un jalón en la lucha de la “civi-

lización” contra la “barbarie”.

Para alivio de Mitre, la paz se firmó el 30 de mayo de 1862 en La Banderita, acordándose que el “Chacho” se encargaría de pacificar La Rioja con la ayuda de su lugarteniente, el teniente coronel Felipe Varela. Sólo por un corto tiempo fue posible mantener así la calma. En un año, ante la difícil situación económica de la provincia que llevaba a sus paisanos a optar por la vida montonera, resurgió el Peñaloza anterior. Las injusticias sufridas por los habitantes de las provincias a causa de la guerra civil eran el aspecto de la situación, expuesto por Peñaloza al presidente Mitre el 10 de abril de 1863, en los siguientes términos:

“Después de la guerra exterminadora no se han cumplido las promesas hechas tantas veces a los hijos de esta desgraciada patria. Los gobernantes se han convertido en verdugos de las provincias, atropellan las propiedades de los vecinos y destierran y mandan matar sin forma de juicio a ciudadanos respetables por haber pertenecido al Partido Federal”. (Carta del “Chacho” Peñaloza al presidente Bartolomé Mitre, 10 de abril de 1863)

A diferencia de la actitud negociadora adoptada durante la primera guerra del “Chacho”, esta vez Mitre encomendó al más encarnizado enemigo de la “barbarie”, Domingo Faustino Sarmiento, la “guerra de policía” contra Peñaloza y sus fuerzas. Sarmiento, gobernador de San Juan y director de la guerra por nombramiento de Mitre, junto con otros generales mitristas, hostigaron al Chacho, quien terminó siendo derrotado y asesinado por el mayor mitrista Irrazábal.

La por demás compleja tarea que Mitre tenía por delante era organizar el Estado Nacional, garantizar la modernización económica y crear los mecanismos institucionales adecuados para el funcionamiento de un país unificado pero no uniformado. Las luchas facciosas atentaban contra esto, y afectaban tanto al liberalismo como al federalismo, amenazando a sus respectivos jefes, Mitre y Urquiza, quienes buscaron mantener el orden a cualquier precio.

Para Mitre, el precio fue el compromiso en una guerra internacional contra el régimen paraguayo de Francisco Solano López. Para

Urquiza, la obligación de adoptar un rol pasivo frente a las montoneras provinciales -que conspiraban contra el orden pactado con Mitre- y al presidente paraguayo. Este rol pasivo de Urquiza implicaba la reafirmación de la alianza convenida en Pavón. Para Mitre, empujado por los liberales tanto nacionalistas como autonomistas, la Guerra de la Triple Alianza contra Paraguay constituyó un instrumento - el más extremo y evidente quizás- de los adoptados en la búsqueda de la consolidación de un Estado nacional.

La decisión de reeditar este libro, aparentemente menor entre la producción de Sarmiento, obedece a la voluntad de echar luz sobre las primeras manifestaciones de ciertos rasgos de la vida pública argentina que explican muchos episodios que jalonan historia de frustraciones del país.

El enfrentamiento de dos conceptos de administración civil continúa hasta hoy corroyendo el andamiaje de la sociedad argentina.

Uno -liberal- considera primordial el establecimiento de leyes comunes y el acatamiento sin cortapisas de las mismas, sin importar si contrarían las aspiraciones del poder de turno o de los grupos de presión que lo rodean; el otro -que engloba desde el mal llamado “nacionalismo” hasta el también equívoco “progresismo”- determinan que es el poder emanado del pueblo quien debe dictar las leyes y adaptarlas a las necesidades momentáneas para cumplimentar mejor su mandato. Resultan claras las dificultades de precisar cuál es la “voluntad del pueblo”, por lo cual esta tendencia ha adoptado las más variadas prácticas que abarcan desde el mesianismo hasta la dictadura de las encuestas más o menos disfrazadas de plebiscitos.

Así se puede percibir un hilo conductor que, con posterioridad al despegue del país gracias a la administración de la “generación de 1880”, reaparece en forma muy manifiesta en el golpe de Uriburu en 1930, y se continúa sin interrupción pudiendo observarse con claridad en las prácticas de los representantes de todos los signos políticos hasta el día de hoy.

Los engendros que surgen del intento de compatibilizar uno con el otro se pueden percibir en las acciones del gobierno que todos los

estratos de la sociedad argentina curiosamente han aceptado —aunque más no sea en forma tácita— denominar “neoliberal”, aunque el término “neocorporativista” se le aplicaría con mayor precisión.

El deseo de endulzar lo que los romanos percibían como “dura lex, sed lex” ha llevado a aceptar que ciertos principios básicos de sana administración fueran dejados de lado, con lo cual la confusión se ha hecho mayor: la frustración actual de la sociedad argentina se debe a un fracaso del “liberalismo”, o a la falta de práctica del mismo? Puede el liberalismo simultáneamente dar satisfacción a los deseos inmediatos de quienes dicen interpretar a la sociedad y al mismo tiempo asegurar la base para el progreso futuro?

Son preguntas que en Argentina deben hoy plantearse sinceramente.

Sarmiento fija una posición clara. Sus resultados, reflejados en el crecimiento argentino de principios del siglo XX, también.

Pablo Agrest Berge

Abril 2003

NOTAS AL PRÓLOGO

- (1) La amistad del Dr. Antonio Aberastain y Sarmiento abarcó toda su vida, ya que se conocieron durante la infancia en San Juan y trascendió tiempo y fronteras, como lo atestiguan las muchas cartas cruzadas entre ambos.

Sarmiento requirió de su Inteligencia y apoyo cuando, en el exilio, publicó el *Facundo*. Aberastain recibió correspondencia y permanente aliento y consejo de su amigo en los días inmediatos a su trágica muerte.

Del carácter de Aberastain dan cuenta sus sobrenombres “Padre Eterno” (en el colegio de Ciencias, por su circunspección y seriedad) y “el buey” (en la Universidad, por su mansedumbre y pesada figura), así como el hecho de que habiendo sido nombrado en 1832 para un cargo en el Ministerio de Hacienda, no aceptó por no tener el dinero necesario para comprarse un frac, vestimenta adecuada para concurrir a la oficina, razón que ocultó a su benefactor.

- (2) **Circunstancias de la Muerte de Aberastain:**

Luego del triunfo de Urquiza en Caseros Aberastain vuelve a San Juan, para ejercer como abogado. Elegido diputado al Congreso General Constituyente, su apego a la ley escrita lo lleva a rechazar la designación por no tener la provincia de Bs. As. representación en el mismo, habiendo declarado su Legislatura, luego del golpe de estado de Urquiza del 24 de junio de 1852, no reconocer ningún acto emanado de dicho congreso.

En 1859, el Cnel. José A. Virasoro fue nombrado gobernador interino de San Juan en forma. Y el 8 de septiembre de 1860 la legislatura, dominada por sus seguidores, lo nombra “Gobernador Propietario”, título que aun cuando su significado cabal es de “Gobernador Titular”, la peculiar elección del término no deja de ser por demás sugestiva e indicadora de las prácticas de gobierno que de él esperaba su entorno. La reunión ese año en Santa Fe de la convención Nacional que debía estudiar a la Constitución Nacional, dió pié para que las elecciones para diputados por San Juan a dicha convención fueran digitadas por Derqui, siendo los diputados nombrados por Virasoro sin intervención del pueblo sanjuanino. Un tucumano, dos porteños, un correntino, todos extraños a la provincia pese a la disponibilidad de tantos hombres ilustrados como podía exhibir San Juan, constituyó un premeditado agravio Además de inconstitucional, la medida era típica de las decisiones políticas arbitrarias y despóticas del gobernador y su desprecio por los sanjuaninos (a quienes llegó a amenazar con llenar zanjas con sus cabezas). Las protestas de los ciudadanos de San Juan frente a la irregular elección de sus diputados, fueron escuchados por la Convención Constituyente, que a raíz de

ello rechazó los enviados por Virasoro.

Virasoro, menoscabada su condición de “Gobernador Propietario” da comienzo a una dura persecución contra sus opositores. Aberastain es uno de ellos y, acusado de conspiración, es vejado, engrillado y encarcelado y luego deportado a Mendoza.

Existe una nutrida correspondencia intercambiada por Sarmiento y Aberastain en 1860, previa a los trágicos sucesos que conmoverían a la Nación. Particularmente conmovedora es la que escribe el exiliado a su amigo el 3 de noviembre. En ella le relata las circunstancias de su injusta prisión “*y un irrisorio aparato de juicio*” que lo condenó al exilio.

En esas circunstancias Aberastain y sus compañeros de destierro elevan al director del Nacional, diario de Buenos Aires, para su publicación, un folleto titulado “*Protesta del Dr. Aberastain y demás víctimas de la tiranía de Don. José Virasoro*”. En él se relatan las violencias e injurias que ha sufrido junto a sus compañeros, y termina con un opúsculo “*Las garantías violadas en San Juan*” y una carta a Sarmiento, enviada desde Mendoza el 9 de noviembre.

El 16 de noviembre de 1860, mientras Aberastain se encuentra en Mendoza, el pueblo de San Juan se levanta en armas contra Virasoro. Ese día es asaltada su casa por un grupo armado, cae el gobernador con un sablazo en el cráneo, y se produce un generalizado tiroteo donde mueren numerosos atacantes y defensores.

Ese mismo día, sin noticias de los acontecimientos, el Presidente de la Confederación, Derqui, el Gobernador, de Buenos Aires, Mitre y el de Entre Ríos, Urquiza, reunidos en el palacio San José, envían una carta a Virasoro, en la que le exhortan que “*tuviera la abnegación y el patriotismo de abandonar el poder*”.

Luego del episodio sangriento Francisco Coll es elegido como gobernador interino, y designa a Aberastain como uno de sus ministros. Una poco clara maniobra política de Derqui da pie a que el 7 de diciembre Juan Saa, gobernador de San Luis, comunique a Coll que ha recibido del gobierno Federal el nombramiento de Interventor en San Juan. Coll decide renunciar y dejar el mando a un hombre más apto para actuar en tan difícil situación. El 11 de diciembre de aquel año Aberastain es elegido y ratificado gobernador por la Legislatura de San Juan, aunque decide no asumir formalmente hasta aclarar la situación con el interventor Saa. Para eso envía una comisión encabezada por el presbítero Timoteo Maradona, el presidente de la Legislatura, Ruperto Godoy y el diputado Alberto Laprida, quienes no encuentran ninguna disposición al diálogo.

Por el contrario, Saa les manifiesta que desconoce la autoridad de Aberastain y que repondrá a las autoridades existentes antes del movimiento, previo castigo a los culpables de la muerte de Virasoro. Saa, fiel al estilo caudillesco que lo hermanaba con Virasoro, le importa la venganza más que la Justicia. Así separa del mando de sus tropas a los coroneles Paunero y Conesa, que son reacios a usar las ar-

mas contra un gobierno y una población ya pacificadas. Fracasada la misión negociadora, Aberastain igual asume el gobierno el 29 de diciembre. Inmediatamente pone la provincia en asamblea, crea los batallones Unidad Nacional, Libertad, Constitución y 25 de Mayo. Dos batallones de extramuros, un regimiento de caballería y una maestranza para la fabricación de material bélico. Dirige al pueblo una proclama desconociendo la intervención del Gobernador Juan Saa por ilegal y atentatoria a los derechos del pueblo de San Juan, y promete “*Consagrar todos mis esfuerzos a la defensa de sus derechos contra cualquier agresión*”.

Además de las del sentimiento, existían razones jurídicas que le asistían. Aberastain era un hombre de derecho, y llevaba la justicia arraigada en su corazón y en su estilo de vida, y nada le era mas odioso que el atropello a la ley, por cuya vigencia luchó toda su vida. Mucho había costado a los pueblos de las Provincias Unidas promulgar una constitución, y este sabio instrumento, vigente desde 1853, consagraba derechos y garantías por las cuales el gobierno federal daba a cada provincia el goce y ejercicio de sus instituciones.

Derrocado el gobierno de Virasoro, ilegítimo por haber sido elegido sin intervención del pueblo, son las autoridades provinciales ungidas por voluntad de los sanjuaninos. En conclusión: el gobierno que ejercía Aberastain, habiendo sido elegido por los representantes del pueblo, estaba legítimamente constituido, El Gobierno Federal mencionado por la Constitución aprobada está constituido por los tres poderes del estado. Pero el decreto de intervención a la provincia de San Juan comprendió sólo al Ejecutivo Federal. con exclusión de los dos poderes restantes.

A lo dicho se agrega que el decreto aludido, atribuye a la situación sanjuanina “*Un estado de pillaje, arbitrariedad y desenfreno*” completamente ajeno a la realidad. Por el contrario, ha vuelto a la provincia, con sus legítimos gobernantes, la paz y el orden perdidos durante el gobierno de Virasoro.

La presencia a las puertas de la ciudad de un ejército en son de guerra era injustificable, al punto que algunos de sus jefes debieron ser reemplazados por negarse a actuar. Por lo tanto, Aberastain, al resistir con las armas una intervención denominada federal, actuó según su conciencia, de acuerdo a derecho, seguro de la justicia de su causa y de su deber como gobernador de San Juan.

El desigual combate entre las tropas bisoñas comandadas por Aberastain y las experimentadas de Saa se produjo en un paraje llamado “*Rinconada del Pocito*” el 11 de enero de 1861. En media hora fueron vencidos los heroicos defensores. Con ellos cae lo mejor de la juventud de San Juan, unos 300 hombres, la mayoría ejecutados “*a lanza seca*”. Aberastain es tomado prisionero y fusilado por la espalda por el Cnel. Clavero, sentado sobre un montículo de rocas, en un lugar llamado Alamos de Barbosa, al día siguiente.

“*Ha muerto Aberastain. El hombre probo, el ilustrado, el de impecable*

moral, esperanza de su pueblo provinciano y arquetipo de ciudadano para organizar una república. Ha muerto Aberastain, el hombre de armonías de leyes, de letras, que al igual que Belgrano, ha debido tomar las armas para defender el derecho" escribiría Sarmiento.

El crimen desata un clamor de indignación: Derqui pide la cabeza de Clavero, como si el mandadero, fuera responsable del drama. Urquiza manifiesta "*La barbara muerte del Dr. Aberastain me ha hecho hervir la sangre. Es un crimen inútil que condeno con toda la energía de mi alma*". Y a Sarmiento le han matado al amigo de su corazón "*He debido a este hombre, bueno hasta la medula, enérgico sin parecerlo, humilde hasta anularse, la estimación de mi mismo, por las muestras que me prodigaba*", "*Nunca ame a nadie como ame a Aberastain, hombre alguno ha dejado mas hondas huellas en mi corazón de respeto y aprecio*". Al recibir la noticia de su muerte, escribió en La Tribuna su biografía y la condena a sus asesinos.

El sacrificio de Aberastain es determinante de la escisión de Buenos Aires de la Confederación. Se desata Pavon. El Gral. Urquiza retira en combate, invicta y asombrada, su formidable caballería entrerriana, en aras de la paz y de la unión. Y Mitre, presidente de la Nación reunificada, diría ante el congreso: "*Los art. 5 y 6 de la Constitución Nacional, han sido ilustres desde la tumba por los mártires del Pocito*". Para siempre en la historia argentina, ha de ser Aberastain paladín emblemático de las autonomías provinciales y ejemplo cívico en defensa de la Constitución recién nacida, hollada por un Poder Ejecutivo prepotente y el espíritu de venganza de un caudillo.

¡En Chile y a pie!

En septiembre de 1842, cuando todavía no dan paso las nieves que se acumulan durante el invierno sobre la areta central de los Andes, un grupo de viajeros pretendía desde Chile atravesar aquellas blancas soledades, en que valles de nieve conducen a crestas colosales de granito que es preciso escalar a pie, apoyándose en un báculo, evitando hundirse en abismos que cavan ríos corriendo a muchas varas debajo; y con los pies forrados en pieles, a fin de preservarse del contacto de la nieve que, deteniendo la sangre, mata localmente los músculos haciendo fatales quemaduras.

Los *Penitentes*; columnas y agujas de nieve que forma el desigual deshielo, según que el aire o el sol hieren con más intensidad, decoran la escena, y embarazan el paso cual escombros y trozos de columnas de ruinas de gigantescos palacios de mármol. Los declives que el débil calor del sol no ataca, ofrecen planos más o menos inclinados, según la montaña que cubren, y descenso có-

modo y lleno de novedad al viajero, que sentado se deja llevar por la gravitación, recorriendo a veces en segundos distancias de miles de varas. Este es quizá el único placer que permite aquella escena, en que lo blanco del paisaje sólo es accidentado por algunos negros picos demasiado perpendiculares para que la nieve se sostenga en sus flancos, formando contraste con el cielo azul-oscuro de las grandes alturas.

Los temporales son frecuentes en aquella estación, y aunque hay de distancia en distancia casuchas para guarecerse, si no se ha tenido la precaución de examinar el aspecto del campanario, que es el más elevado pico vecino, y asegurarse de que ninguna nubecilla corona sus agujas, o vapores cual lana desflecada empiezan a condensarse a sus flancos, grave riesgo se corre de perecer, perdido el rumbo entre casucha y casucha, casi cegadas por la caída de copos de nieve tan densa que no permite verse las manos.

Aquella vez no eran los viandantes ni el correísta que lleva la valija a espaldas de un mozo de cordillera, ni transeúntes, de ordinario extranjeros que buscan este arriesgado paso del Atlántico al Pacífico. Eran emigrados políticos que, a esa costa, regresaban a su patria contando con incorporarse al ejército del general La Madrid, antes que se diese la batalla que venía a librarle el general Oribe a marchas forzadas desde Córdoba.

Al asomar las cabezas sobre la cuesta de Las Cuevas, desde donde se divisa la estrecha quebrada hasta la Punta de las Vacas, tres bultos negros como negativos de fotografía fue lo primero que vieron destacarse sobre el fondo blanco del paisaje. Los viajeros se miraron entre sí y se comprendieron. ¡Nada bueno auguraban aquellas figuras! Mirando con más ahínco hacia adelante, creyeron descubrir otros puntos negros más lejos, y allá en lontananza otro al parecer más largo, porque largas sin ancho son las líneas que describen los viandantes por las nieves, poniendo el pie los que vienen en pos sobre la impresión que deja el que les precede. ¡Derrotados!, exclamó uno meneando con desencanto profundo la cabeza; y precipitándose por el declive, descendieron

hasta la casucha que está al pie, del lado argentino de la cordillera, donde a poco se acercaron los que de Mendoza venían. ¿Derrotados?, preguntáronles aquéllos a éstos desde lejos, poniéndose las manos en la boca para hacer llegar la voz; ¡derrotados!, repitieron los ecos de las montañas y las cavernas vecinas. Todo estaba dicho.

Luego se supieron los detalles de la batalla de la Ciénega del Medio; luego llegaron otros y otros grupos, y siguieron llegando todo el día, y agrupándose en aquel punto inhospitalario, sin leña, sin más abrigo que lo encapillado, sin más víveres que los que cada uno podría traer consigo. Al caer de la tarde, llegaron noticias de la retaguardia, donde venían La Madrid, Alvarez y los demás jefes, de haber sido degollados los rezagados en Uspallata, entre ellos el comandante Lagraña y seis jefes más.

Sólo los familiarizados con la cordillera podían medir el peligro que corrían aquellos centenares de hombres, entre los que se contaban por cientos, jóvenes de las primeras familias de Buenos Aires y las provincias del norte, restos del Escuadrón Mayo formado de entusiastas, que a tales y a mayores riesgos se exponían luchando contra el tirano Rosas. No había que perder un minuto, y los mismos viajeros en hora menguada para ellos, pero providencial para los otros, volvieron a desandar el penoso camino, sin darse descanso hasta llegar al valle de Aconcagua, del otro lado de Los Andes.

Fue en el acto dada la alarma, montada una oficina de auxilio, y merced a sus antiguas relaciones, y de algún dinero de que podían disponer, horas después partían para la cordillera baqueanos cargados de carbón, cueros de carneros, charqui, cuerdas, ají, y demás objetos indispensables en aquellos parajes, a fin de acudir a lo más urgente; mientras que la pluma corría con rapidez febril, invocando el patriotismo de los argentinos, la filantropía de los chilenos, la munificencia del gobierno a que podían apelar seguros de que las simpatías personales harían grato el desempeño de un deber de humanidad; y así puestas en acción la opinión por la prensa, la cari-

dad por asociaciones, y la administración, en tres días empezaron a llegar médicos, medicinas, dinero, ropas, abrigo y comodidades para mil hombres que decían ser los desgraciados.

¡Harta necesidad habría de médicos! El temido temporal se había declarado, y era preciso ser vecino de Los Andes, donde la cordillera es un libro que hasta los niños saben leer, para imaginarse la angustia general de los que con pavor vieron sustituirse pardas nubes a los nevados picos de Los Andes centrales que se cubrieron, dejando al sol en el valle iluminar la escena sólo para que los extraños pudiesen contemplarla de lejos sin poder prestar auxilio a las víctimas. Mídese la fuerza del temporal por la intensidad de las nubes y su color sombrío, y cada hora, transcurrido el primer día, como cuando se oye de lejos el fuego de la batalla, calculábase el número de helados entre mil. Espectáculo sublime y aterrador, tranquilo en sus efectos, afligente hasta desgarrar el corazón del que lo contempla, como se ve venir la nave a estrellarse fatalmente en las rocas; o cundir el incendio sin la última esperanza de ver echarse por las ventanas, o poner escaleras para los que rodean las llamas.

El cielo se apiadó al fin, y un día después de tres de angustia, se supo que sólo habían perecido siete, y sido necesario amputar otros tantos, pues que los médicos estaban ya al pie de la cordillera. Un cuadro del pintor sanjuanino Rawson ha idealizado la escena del arribo de los primeros chilenos que rompieron la nieve, y se abrieron paso hasta el teatro de la catástrofe. El calor o el techo de la casucha habían salvado dentro y fuera a trescientos, una roca inclinada abrigado a ciento, los ponchos al resto conservando el calor apiñados estrechamente. Salvada la vida, el hombre tenía a mano con qué saciarse.

Entre aquellos prófugos se encontraba el Chacho, jefe desde entonces de los *montoneros* que antes había acaudillado Quiroga; y ahora, seducido su jefe por el heroísmo desgraciado del general Lavalle, habíase replegado a las fuerzas de La Madrid, y contribuido no poco, con su falta de disciplina y ardimiento, a perder

la batalla. Llamaba la atención de todos en Chile la importancia que sus compañeros generalmente cultos daban a este paisano semibárbaro, con su acento riojano tan golpeado, con su chiripá y atavíos de gaucho. Recibió como los demás la generosa hospitalidad que les esperaba, y entonces fue cuando, preguntado cómo le iba, por alguien que lo saludaba, contestó aquella frase que tanto decía sin que parezca decir nada: *¡Cómo me a dir, amigo! ¡En Chile y a pie!*

Este era el Chacho en 1842, y ése era el Chacho en 1863 en que terminó su vida. Ni aun por simple curiosidad merece que hablemos de su origen. Dícese que era fámulo de un padre, quien al llamarlo, para acentuar el grito, suprimía la primera sílaba de *muchacho*, y así se le quedó por apodo Chacho; y aunque no sabía leer, como era de esperarse de un familiar de convento, acaso el haberlo sido le hiciese valer entre hombres más rudos que él. Firmaba sin embargo con una rúbrica los papeles que le escribía un amanuense o tinterillo cualquiera, que le inspiraba el contenido también; porque de esos rudos caudillos que tanta sangre han derramado, salvo los instintos que les son propios, lo demás es obra de los pilluelos oscuros que logran hacerse favoritos. Era blanco, de ojos azules y pelo rubio cuando joven, apacible de fisonomía cuanto era moroso de carácter. A pocos ha hecho morir por orden o venganza suya, aunque millares hayan perecido en los desórdenes que fomentó. No era codicioso, y su mujer mostraba más inteligencia y carácter que él. Conservóse bárbaro toda su vida, sin que el roce de la vida pública hiciese mella en aquella naturaleza cerril y en aquella alma obtusa.

Su lenguaje era rudo más de lo que se ha alterado el idioma entre aquellos campesinos con dos siglos de ignorancia, diseminados en los llanos donde él vivía; pero en esa rudeza ponía exageración y estudio, aspirando a dar a sus frases, a fuerza de grotescas, la fama ridícula a que las hacía recordar, mostrándose así cándido y el igual del último de sus *muchachos*. Habitó siempre una ranchería en Guaja, aunque en los últimos años cons-

truyó una pieza de material, para alojar a los *decentes*, según la denominación que él daba a las personas de ciertas apariencias que lo buscaban. Hacía lo mismo con sus modales y vestidos: sentado en posturas, que el gaucho afecta, con el pie de una pierna puesto sobre el muslo de la otra, vestido de chiripá y poncho, de ordinario en mangas de camisa, y un pañuelo amarrado a la cabeza. En San Juan se presentaba en las carreras, después de alguna incursión feliz, si con pantalones colorados y galón de oro, arremangados para dejar ver calcetas caídas que de limpias no pesaban, con zapatillas a veces de color. Todos estos eran medios de burlarse taimadamente de las formas de los pueblos civilizados. Aun en Chile, en la casa que lo hospedaba, fue al fin preciso doblarle las servilletas a fin de salvar el mantel que chorreaba al llevar la cuchara a la boca. En los últimos años de su vida consumía grandes cantidades de aguardiente, y cuando no hacía correrías, pasaba la vida indolente del llanista, sentado en un banco, fumando, tomando mate, o bebiendo. Las carreras son, como se sabe, una de las ocupaciones de la vida de estos hombres, y en los Llanos ocasión de reunirse varios días seguidos gentes de puntos distantes. Las nociones de lo tuyo y lo mío no son siempre claras en campañas donde el dios Término no tiene adoradores, y menos debían estarlo en quien vivía de los rescates, auxilios, y obsequios que recibía en las ciudades que visitaba con sus hordas disciplinadas. Entregadas éstas en San Juan al saqueo e incendio de las propiedades, en presencia de Derqui, que así preparó su candidatura a la presidencia, queriendo poner coto a desórdenes que amenazaban arrasarse con todo, dióse una orden de pena de la vida a quienes fuesen sorprendidos saqueando. Tomados cinco, el Chacho solicitó, en nombre de sus servicios, y obtuvo el perdón de todos, no obstante que el Comisionado nacional contaba con un regimiento de línea mandado por el general Pedernera, que fue vicepresidente; y todos los degüellos, salteos y asesinatos, que tuvieron lugar después, sin que pueda culpársele de ordenarlos, obtuvieron siempre la bondadosa y obtemperante indulgencia del Chacho.

Su papel, su modo de ganar la vida, digámoslo así, era *inter-venir* en las cuestiones y conflictos de los partidos, cualesquiera que fuesen, en las ciudades vecinas. Apenas ocurría un desorden el Chacho acudía, dándose por interesado de alguna manera. Así había servido a Quiroga, Lavalle, la Madrid, Benavides, Rosas, Urquiza y Mitre. A favor o en contra de alguien había invadido cuatro veces a San Juan, tres a Tucumán, a San Luis y Córdoba una. Su situación en la República Argentina, con su carácter y medios de acción, era la de los cadíes de las tribus árabes de Argel, recibiendo de cada nuevo gobierno la investidura, y cerrando el último los ojos a las *razzias* que tenía hechas para robar sus ganados a las otras tribus.

Y sin embargo, este jefe de bandas que subsiste treinta años no obstante los cambios que el país experimenta, y mientras los gobiernos que lo emplean o toleran sucumben, fue derrotado siempre que alguien lo combatió, sin que se sepa en qué encuentro fue feliz, pues de encuentros no pasaron nunca sus batallas, sin que esta mala estrella disminuyese su prestigio con los que lo seguían, ni su importancia para los gobiernos que lo toleraban.

Conocido este singular antecedente, la mente se abisma buscando la atracción que ejercía sobre sus secuaces, sometiéndose por seguirlo a privaciones espantosas, al atravesar desiertos sin agua, experimentando derrotas en que perecen siempre los que por mal montados no pueden escapar a la persecución de sus contrarios. Tiene en los Llanos la misma explicación que en los países árabes la vida del desierto, pues aquella parte de La Rioja lo es, aunque tiene pastos; es de privaciones, pobreza y monotonía. Las excursiones hacen sentir la vida, despiertan esperanzas, llenan la imaginación de ilusiones. Irán a las ciudades, donde hay goces, alimentos variados, vino, caballos excelentes, vestido; y estos estímulos bastan para hacerles afrontar peligros posibles, privaciones, que al fin de cuenta, son las mismas a que están habitados diariamente.

El bárbaro es insensible de cuerpo, como es poco impresio-